

ITINERARIO, versos de *Luis Urzúa*, Antofagasta, 1947.

La producción literaria firmada por sacerdotes chilenos no es de aquellas que contienen exceso de resplandor. En Luis Felipe Contardo parece encontrarse, poéticamente, el más alto destino de ella. Sin embargo, a las nuevas posiciones, (¿nuevas?), de la Iglesia, se ve corresponder un nuevo estremecimiento en la tarea cultural, y la poesía actual de la patria se ha enriquecido con los poemas de aliento marino de Francisco Donoso, primero, y—ahora—, siente el paisaje desolado del Norte con este *Itinerario* (1), que afirma la vida múltiple de Luis Urzúa.

Luis Urzúa, en su varia condición de sacerdote y maestro, de poeta y aviador, de sembrador y realizador de cordialidad humana, ha logrado una cifra sincera en su trabajo de orfebre sentimental, enamorado de la mañana solar de estas tierras del caliche; sus versos se admiran venir desde las orillas del corazón y un hálito de simpatía los recorre: este *Itinerario* es la libreta de apuntes de un varón que ha sabido consubstanciar su alma a la terrible alma del desierto, encontrándole todos los matices estupendos de su entraña; en este libro transcurren las páginas con llaneza expresiva y el lector halla sus equivalentes en limpios vasos de agua fresca:

«Mi carne hecha martirio
plasmó las agonías del crepúsculo;
y, abrumada de sombras, despertóse
floreceda en el tallo de los cactus» (2).

La brillante cimera de los que enceguecen con sus imágenes no pasa su vanidad por estas limpias estrofas de sobremesa de hogar, hechas para levantar su rostro, empolvado de aventuras

(1) «Antofagasta», Prólogo de Radomiro Tomic, Dibujos de Osvaldo Ventura López.

(2) «Sugerencias».

por el cielo, el mar y la tierra de la pampa, en el círculo de la amistad—que es el círculo donde aún podemos oír a la cítara y pronunciar la palabra *Corazón*, sin que se nos ensucie de grosería...

«Hoy conseguí volar solo,
solo en avión con Dios...» (3).

A través de este libro, de este claro «devocionario» de latitudes y de rostros, percibimos dos caras de una misma pupila: las de Francis James y Fernández-Moreno; Luis Urzúa, sin el juego del calco, colocado a nivel de sencillez, ha emparentado su primera obra al latido de humildad y claridad de estos maestros de la palabra vuelta enseña de luz: en «Instantánea de Primavera» (4), el poeta la descubre sobre la pobreza vegetal de los días norteños y la sorprende

«... pintando de verde
las tocas barricas...».

visión que para nosotros salitreros, honra su iris de pastor de asonancias y dibujos.

Don Luis Urzúa, «don Lucho», como le llamamos, de muchachos, en el viejo Colegio «San Luis», de Antofagasta, en los puros tiempos de los sacerdotes alemanes que nos enseñaban a Heine y nos exigían memoria de elefantes para el misterio de la Químicá; «don Lucho», como el novelista de Mercedes Urizar, ha dictado en este libro su lección brillante: la del hombre que después de los treinta y con las manos llenas de quehaceres sociales, liberta su diestra para el cologio de sus deslumbramientos, faenando Poesía. ¡Lección superior, desde luego, a cualquiera otra lanzada desde el pupitre de las pedagogías!.—A. S.

(3) «Primer Vuelo Solo».

(4) Pág. 27.